



CAPÍTULO XXVI

Fin del movimiento comunista

ANTES del 31 de mayo, viendo la Revolución detenida por la oposición de los girondinos, los montañeses trataron de apoyarse sobre los comunistas y principalmente sobre los «Rabiosos». Robespierre, en su proyecto de Declaración de los Derechos, del 21 de abril de 1793, en que se pronunciaba por la limitación del derecho de propiedad, Jeanbon Saint-André, Collot d'Herbois, Billaud-Varenne, etc., se acercaban entonces a los comunistas, y si Brissot, en sus ataques furiosos contra los montañeses, les confundía con los «anarquistas», destructores de las propiedades, debíase a que los montañeses no trataban todavía de separarse francamente de los «Rabiosos».

No obstante, inmediatamente después de los motines de febrero de 1793, la Convención tomó ya una actitud amenazadora respecto

de los comunistas. Sobre un dictamen de Barère, en que representaba ya la agitación como obra de los curas y de los emigrados, votó con entusiasmo, en 18 de marzo de 1793, a pesar de la oposición de Marat, «la pena de muerte contra todo el que proponga una *ley agraria o toda otra subversiva de las propiedades territoriales, comunales o individuales*».

Aun hubo necesidad de halagar a los rabiosos, porque se necesitaba al pueblo de París contra los girondinos, y en las secciones más activas los rabiosos eran populares; pero una vez caídos los girondinos, los montañeses se volvieron contra los que querían «la Revolución en las cosas porque estaba hecha en las ideas», y los aniquilaron a su vez.



FOUQUIER TINVILLE

Fué una desgracia que las ideas comunistas no hubieran hallado entre los hombres cultos de la época quien supiera formularlas y hacerse escuchar. Marat hubiera podido hacerlo si hubiera vivido; pero en julio de 1793 ya no existía. Hebert era demasiado sibarita para dedicarse a esa tarea; pertenecía demasiado a la sociedad de los gozadores burgueses de la escuela de Holbach para convertirse en defensor del anarquismo que se abría paso entre las masas populares. Pudo adoptar el lenguaje de los descamisados, así como los girondinos adoptaron el gorro frigio y el tuteo; pero lo mismo que ellos, estaba demasiado lejos del pueblo para comprender y expresar las aspiraciones populares. Se alió con los montañeses para aniquilar a Jacques Roux y los rabiosos en general.

Billaud-Varenne parecía comprender, mejor que los otros montañeses, la necesidad de profundos cambios en sentido comunista. Entrevió un momento que una revolución social debería marchar de frente con la revolución republicana; pero careció también de ánimo para ser un luchador por esta idea, y entró en el gobierno haciendo como los otros montañeses, que decían: «*Primeramente*

la república; las medidas sociales vendrán después.» Y fracasaron, como fracasó la República.

La Revolución, desde su principio, puso en juego demasiados intereses que luego impidieron desarrollarse al comunismo. Las ideas comunistas sobre la propiedad de la tierra suscitaron la oposición de los inmensos

intereses de la burguesía, que se dedicó a apropiarse los bienes del clero, puestos en venta bajo el nombre de bienes nacionales, para revender después una parte a los campesinos. Esos compradores, que al principio de la Revolución fueron los más firmes sostenedores del movimiento contra la monarquía, una vez propietarios y enriquecidos por la especulación, se convirtieron en encarnizados enemigos de los comunistas que recla-

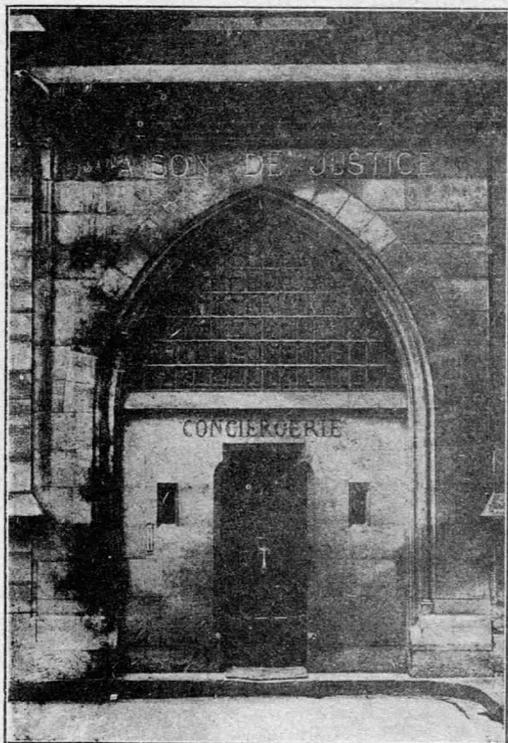


COLLOT D'HERBOIS

maban el derecho a la tierra para los campesinos pobres y los proletarios de las ciudades. Los legisladores de la Constituyente y de la Legislativa vieron en esas ventas el medio de enriquecer la burguesía a expensas del clero y de la nobleza, olvidando completamente al pueblo.

La Asamblea Constituyente llegó hasta oponerse a que los campesinos se unieran en pequeñas compañías para comprar tierras; pero como se necesitaba dinero con urgencia, «se vendió con furor», dice Avenel, desde agosto de 1790 a julio de 1791. Y se vendió a burgueses y a campesinos acomodados y hasta a compañías inglesas

y holandesas que compraban para especular. Y ocurrió que cuando los compradores, que para comenzar sólo habían pagado un 12 o un 20 por 100 del precio de compra, hubieron de pagar el primer término, hicieron todo lo posible para no pagar más, y frecuentemente lo consiguieron.



CONSERJERÍA — PUERTA DE ENTRADA
A LA SALA DE LOS GUARDIAS

No obstante, como no cesaban las reclamaciones de los campesinos que no pudieron adquirir parte de esas tierras, la Legislativa, primeramente en agosto de 1792 y después la Convención por su decreto de 11 de junio de 1793 (véase c. XIV, t. II) les arrojaron como compensación las tierras comunales, es decir, la única esperanza del campesino más pobre (1). La Convención prometió además que las tierras confiscadas de los emigrados se re-

partirían en lotes de una a cuatro arpentas, para ser dados a los pobres a censo redimible; también decretó, a fines de 1793, que se reservarían mil millones de bienes nacionales a los voluntarios descamisados alistados en los ejércitos, para serles vendidos en condiciones favorables. Pero nada de eso se hizo; aquellos decretos, como muchos otros de aquella época, quedaron letra muerta.

(1) La mayor parte de los historiadores han visto en esa medida una ventaja para los campesinos. En realidad los campesinos más pobres estaban privados del único patrimonio que les quedaba, por eso encontró tanta resistencia en su aplicación por parte de los monopolizadores.

Cuando Jacques Roux se presentó en la Convención en 25 de junio de 1793, menos de cuatro semanas después del movimiento del 31 de mayo, a denunciar el agiotaje y a pedir leyes contra los agiotistas, los convencionales acogieron su discurso con interrupciones y gritos furiosos, y salió como arrojado de la Convención (1).

Sin embargo, como atacaba a la constitución montañesa y tenía gran influencia en su sección de los Gravilliers y en el club de los Franciscanos, Robespierre, que no asistía nunca a aquel club, se presentó en él el 30 de junio (después de los motines del 26 y del 27 contra los vendedores de jabón), acompañado de Hebert y de Collot d'Herbois, y obtuvo de los Franciscanos la radiación de



EL JACOBINO REALISTA

(Caricatura de la época)

Jacques Roux y de su compañero Varlet de las listas de su club.

Robespierre no cesó después de calumniar a Jacques Roux. Como

(1) «Los ricos, decía Jacques Roux, son quienes hace cuatro años vienen aprovechándose de las ventajas de la Revolución; la aristocracia mercantil, más terrible que la nobiliaria, nos oprime, y no vemos el término de sus exacciones, porque el precio de las mercancías aumenta de una manera espantosa. Ya es tiempo de que se acabe el combate a muerte que sostiene el egoísmo contra la clase laboriosa... ¿Será más sagrada la propiedad de los tunantes que la vida del hombre? Las subsistencias deben ser requisadas por los cuerpos administrativos, como la fuerza armada puesta a su disposición». Roux reprochó a la Convención no haber confiscado los tesoros adquiridos por los banqueros y monopolizadores después de la Revolución, y dice que si la Convención decretó un empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos, «el capitulista y el comerciante, desde el día siguiente, cargarán esa cantidad sobre los descamisados por el monopolio y el agio», si no se destruye el agio y el monopolio. Preveía como consecuencia el peligro para la Revolución, y decía: «Los agiotistas se apoderan de las manufacturas, de los puertos de mar, de todos los ramos del comercio, de todas las producciones de la tierra, para hacer morir de hambre, de sed y de desnudez a los amigos de la justicia y determinarlos a arrojarse en los brazos del despotismo». (Cito según el texto de Roux, hallado por Bernard Lazare y comunicado a Jaurés.)

el comunista criticaba los resultados nulos de la Revolución para el pueblo, lo mismo que al gobierno republicano (como hacen los socialistas en nuestros días), demostrando que bajo la República el pueblo sufría más que bajo la monarquía, Robespierre no cesó de tratar a Roux, hasta después de muerto, de «innoble cura» vendido

a los extranjeros y de «malvado» que «quiso suscitar perturbaciones funestas» para perjudicar a la República.

Desde junio de 1793 Jacques Roux fué señalado como víctima mortal. Se le acusó de promotor de los motines del jabón; después, en agosto, cuando publicaba con Leclerc un periódico, *La Sombra de Marat*, se lanzó contra él la viuda de Marat, quien reclamó contra ese título, y por último, se hizo con él lo que los burgueses hicieron



LUCHA DE CLASES

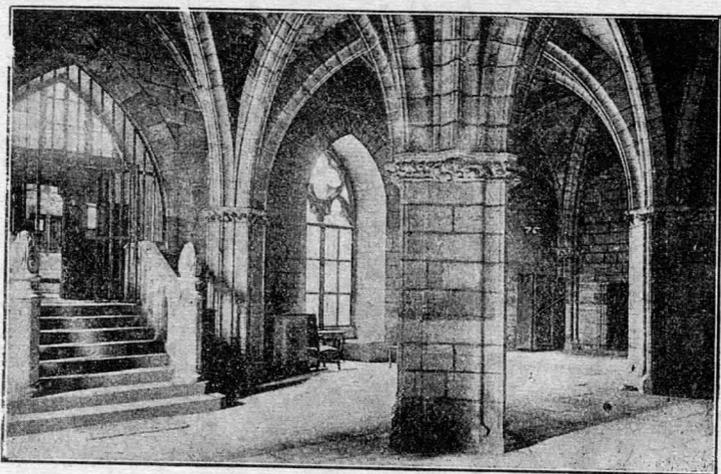
(Caricatura de la época)

con Babeuf, se le acusó de robo, — de haber sustraído un asignado recibido por él para el club de los Franciscanos —, cuando, como dice muy bien Michelet, «esos fanáticos se distinguen por su desinterés», y que entre todos los revolucionarios notables, Roux, Verlet y Leclerc eran modelos de probidad. Su sección de los Gravilliers protestó en vano en el Ayuntamiento, presentándose como garante de Roux; lo mismo hizo el club de las mujeres revolucionarias, el cual, por ello, fué disuelto por orden del Ayuntamiento.

Indignados por esa acusación, Roux y sus amigos hicieron en la noche del 19 de agosto una demostración de protesta en la sección de los Gravilliers, destituyendo al presidente y elevando a Roux a la presidencia. Entonces, el 21, Hebert le denunció en los jacobinos, y llevado el asunto al Municipio, Chaumette habló de atentado a

la soberanía del pueblo y de pena de muerte. Roux fué procesado, pero la sección de los Gravilliers consiguió su libertad provisional. Continuando su proceso, se le complicó con una acusación de robo, y el 23 nivoso (14 de enero de 1794) compareció ante el tribunal de policía criminal.

El tribunal se declaró incompetente, a causa *de la gravedad de los actos reprochados a Roux* (atentado en la sección), y le envió ante



CONSERJERÍA — ANTIGUA SALA DE LOS GUARDIAS

el tribunal revolucionario. Entonces, seguro de lo que le esperaba, Roux se dió tres cuchilladas en presencia de los jueces. Transportado a la enfermería de Bicêtre, intentó «agotar sus fuerzas», según la expresión de los agentes de Fouquier-Tinville, y por último, se hirió nuevamente en el pulmón y sucumbió a sus heridas. El acta de autopsia está fechada en el 1.º ventoso año II (19 febrero 1794) (1).

El pueblo, sobre todo en las secciones centrales de París, consideró entonces desvanecidos sus sueños de «igualdad de hecho» y de bienestar para todos. Gaillard, el amigo de Chalier, llegado a París después de la toma de Lyon por los montañeses, que había pasado la duración del sitio en un calabozo, se mató también cuando

(1) Jaurés, *Histoire socialiste, la Convention*, págs. 1698, 1699.

supo la prisión de Leclerc, preso con Chaumette y los hebertistas.

Respondiendo a todas esas tendencias de comunismo, a la vista del pueblo inclinado a desertar de la Revolución, el Comité de Salud pública, cuidadoso de no desagradar al «Ventre» de la Convención (el centro), ni al club de los Jacobinos, el 21 ventoso del año II (11 de marzo de 1794) dirigió una circular pomposa a los representantes en misión, la cual, como el famoso discurso de Saint-Just

que la siguió dos días después (23 ventoso), se reducía a implorar la beneficencia y la caridad, siempre escasas, del Estado.

«Se necesitaba un gran golpe para derribar la aristocracia, decía la circular del Comité. La Convención le ha dado. La indigencia virtuosa debía entrar nuevamente en la posesión de lo que los crímenes le habían usurpado... Es preciso que el terror y la justicia lleguen a todos los puntos a la vez. La Revolución es obra del pueblo: ya es



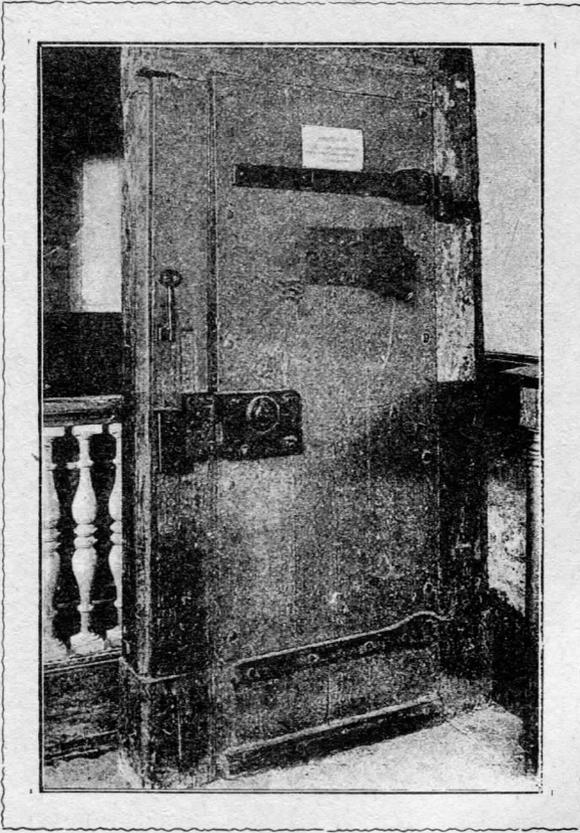
HEBERT

tiempo que disfrute de ella». Y así seguía el documento.

Sin embargo, la Convención no hizo nada. El decreto del 13 ventoso año II (3 febrero 1794), de que habló Saint-Just, se reducía a lo siguiente: Cada municipio formaría una lista de los patriotas indigentes; después el Comité de Salud pública dictaminaría sobre los medios de indemnizar a todos los desgraciados con los bienes de los enemigos de la Revolución. De esos bienes se les recortaría una arpena a cada uno en propiedad. Para los inválidos y los ancianos la Convención decretó después, el 22 floreal (11 mayo), la apertura de un Libro de beneficencia nacional (1).

(1) Los labradores ancianos e inválidos serían inscritos en él para un socorro anual de 160 libras, los artesanos ancianos o inválidos para 120 libras, y las madres y las viudas para 80 y 60 libras.

Es inútil decir que esa arpeña para los campesinos fué una burla. Aparte de algunas localidades excepcionales, el decreto no tuvo siquiera un principio de ejecución. Los que no tomaron por sí mismos parte de la tierra, nada recibieron.



ANTIGUA PUERTA DE CELDA DE LA CONSERJERÍA

Agréguese aún que hubo representantes en misión como Albitte, Callot d'Herbois y Fouché en Lyón, Jeanbon Saint-André en Brest y en Tolón; Romme en Charente, que tendieron en 1793 a socializar la propiedad. Y cuando la Convención hizo la ley de 16 nivoso año II (5 enero 1794), que disponía que «en las ciudades sitiadas o incomunicadas se pongan en común las materias, géneros y mercancías»,

puede decirse, observa Aulard « que hubo tendencia a aplicar esa ley a ciudades que no estaban sitiadas ni incomunicadas » (1).

La Convención, o por mejor decir sus Comités de Salud pública y de Seguridad general, suprimieron en 1794 las manifestaciones comunistas; pero el espíritu del pueblo francés en revolución hacia el comunismo se dirigía, y bajo la presión de los acontecimientos se produjo una gran manifestación de nivelación comunista en todas



ABANICO DE LA ÉPOCA

partes en el curso del año II de la República (2).

Los tres representantes de la Convención en Lyon, Albitte, Collot d'Herbois y Fouché, dictaron en 24 brumario año II

(14 noviembre 1793) un decreto que tuvo un principio de ejecución, en virtud del cual todos los ciudadanos inválidos, ancianos, huérfanos e indigentes debían ser « albergados, alimentados y vestidos a expensas de los ricos de sus cantones respectivos », y a todos los ciudadanos válidos debían suministrárseles « trabajo y los objetos necesarios al ejercicio de su oficio y de su industria ». Los goces de los ciudadanos, decían en sus circulares, deben ser en proporción de sus trabajos, de su industria y del ardor con que se dedican al servicio de la patria. Muchos representantes en los ejércitos llegaron a la misma resolución, dice M. Aulard. Fouché imponía pesados impuestos a los ricos para alimentar a los pobres (3), y es cierto, como dice el mismo autor, que hubo muchos municipios que

(1) *Histoire politique*, c. VIII, l. II.

(2) «En vano se buscarán en este período de compresión manifestaciones de teorías socialistas. Pero el conjunto de medidas parciales y empíricas, de leyes de circunstancias, de instituciones provisionales que forma el gobierno revolucionario, produjo un estado de cosas que preparó indirectamente los ánimos, en ese silencio de los socialistas, a una revolución social, y que comenzó a efectuarse parcialmente ». (Aulard, *l. c.*, p. 453.)

(3) Véase todo el párrafo del cap. VIII, l. II: «El socialismo», de la *Histoire politique* de Aulard; André Lichtenberger: *Le Socialisme et la Révolution française*, págs. 179, 120; *Actes du Comité de Salut public*, VIII y IX.

hicieron colectivismo (o por mejor decir, comunismo municipal).

Varias veces se lanzó la idea de que el Estado debería apoderarse de las fábricas abandonadas por sus patronos y hacerlas funcionar. Chaumette la sostuvo en octubre de 1793, cuando exponía



FOUCHÉ, DUQUE DE OTRANTO

el efecto del máximum sobre ciertas industrias, y Jeanbon Saint-André puso en administración la mina de Carhaix en Bretaña, para asegurar el pan a los obreros. La idea estaba en el ambiente.

Pero si cierto número de convencionales en misión en 1793 adoptaban medidas de carácter igualitario y se inspiraban en la idea de *limitación de las fortunas*, la Convención defendía, ante todo, los

intereses de la burguesía, y hay probabilidad de verdad en esta observación de Buonarroti, a saber: el temor de que Robespierre se lanzara con su grupo a la adopción de medidas que favorecieran los institutos igualitarios del pueblo, contribuyó a su caída en el 9 termidor (1).

(1) «Observaciones sobre Maximiliano Robespierre», en *La Fraternidad*, periódico mensual para la exposición de la doctrina comunista, n.º 17, septiembre 1842.

